

## SEGOVIA

El dominio del dinero se extiende, la cantidad de lo que se gana cobra importancia.

# Veremos dónde vamos

RAFAEL SEGOVIA

Es un tanto sorprendente la historia de los precios. Durante años los historiadores han buscado explicar, al menos el acontecer del tiempo moderno, recurriendo a los costos de las mercancías. De pronto nos hallamos ante unos precios inexplicables e inexplicados por los mejores economistas. Que un señor cuya gracia y reconocimiento no va más allá de darle patadas —con toda la precisión que se pueda— a un balón, es increíble que cueste 30 millones de dólares. Los pagan quienes van al fútbol y quizás deporte más caro, pero se pagan quizás porque la cultura de nuestros días lo quiere, porque los 100 mil hombres encerrados en uno de los circos modernos los pagan junto con las compañías televisoras, la prensa y ese fenómeno hasta hoy día mal descrito que se llama la publicidad.

El mundo moderno, dominado en gran parte por los intelectuales, por los hombres de razón, es donde se han impuesto, más que ya estaban las masas en detrimento de la política. Menos no ha importado esto, nunca uno de los temas de nuestros días es darle la espalda, repudiarla en beneficio de los juegos, donde se simulan espectáculos no dañinos, donde los hombres no se agreden sino que, en el peor de los casos, caen en simulación del daño, en el viejo truco primitivo de la lucha, que es una mala imitación de la necesidad de someter al otro. Si para ello se debe recurrir al dinero, a los millones o algo menos, se recurre, pues para eso, entre otras cosas, están los bancos que prestarán a tasas de interés aprobadas por los economistas en nombre del sacrosanto mercado. Estamos hoy bajo la tiranía del dinero,

que sirve lo mismo para curar a un niño que para pagar 5 mil dólares, que para ver a los jugadores de un país famoso por su altura.

La política, en cambio, cuesta poco, al menos directamente al público municipal y espeso. Eso no quita nuestro escándalo cuando nos enteramos del precio del IFE y de sus quejas constantes tras el dinero, los sueldos de sus honestísimos miembros que prefieren pasar en silencio, como los distinguidos partidos pedigüefños por naturaleza.

No sabemos si la policía es cara. El Presidente acaba de fijarse el sueldo, que quizás no es excesivo, pero como ya es algo siempre presente en él, carece de elegancia. Todos los jefes de Estado no dicen cuánto cobran, dejan a otros que lo digan porque es francamente feo que se disponga con tanta liberalidad de los fondos públicos y más aún señalarse el sueldo más alto de todos. Peor aún es decirlo: de to-

dos soy el que más gano.

El problema no acaba ahí. Siempre hay un misterio rodeando el dinero de senadores, diputados y otros hombres que en principio sirven al Estado. Pero no conocen París. Y quien dice París, dice Roma, Londres o Madrid. Hay que empujarlos a ilustrarse, a que visiten museos y teatros, celebridades y gente de Estado, que se manejen mejor en lenguas extranjeras. Ya están preparando todo esto. No se podrá decir más que estamos gobernados por ignorantes e improvisados.

Es mejor ignorar cómo en los países vecinos se mueven estos asuntos: el tufo puede llegar hasta aquí, y más vale ignorar estos asuntos. Nos imaginamos la probidad chilena y las explicaciones centroamericanas,

sabemos el cuidado manejado por los suecos en cuanto hay una corona de por medio y conocemos a los compradores de Arabia Saudita. El dinero siempre corrompe aún más.

Vemos con algún pesimismo cómo se van a alistar los principales miembros de los cuerpos representativos de la República, sin saber qué van a hacer. Diputados bajo las órdenes de un partido derrotado en las elecciones y se niegan a reconocerlo, esperan encontrar una manera en hallar una alianza con la Presidencia que les permita tener la posibilidad de conservar un pie dentro del gobierno, una manera de ser escuchados, cosa que por el momento no son. Van a tener que empezar por reconocer el uso de algunas drogas, como ya lo han emprendido los argentinos, en espera de que siga casi toda Sudamérica. ¿Qué será entonces de los principios calderonianos? Un gobierno que se fundaba en una guerra incondicional con el narco habrá de anunciar a aquello que era su razón misma de ser. Se encontrará absolutamente solo, temiendo que revisen su relación con Estados Unidos, los cuales van a empezar por el Plan Mérida y los helicópteros más que elegantes en los cuales el Presidente pensaba pasearse, pero que va a ser imposible al menos por ahora.

Permitir el triunfo de los narcos es un cambio real de la vida nacional, de lo que puede ser su riqueza. Pero, sobre todo, nos vamos a encontrar con una nueva vida, con algo que no podíamos siquiera imaginar, menos aun tolerar. El Presidente parte de cero de un país nuevo, donde los hombres son nuevos también, y aquellos que no tratábamos son ahora los más importantes de la nueva sociedad.

